

El murmullo del agua corriendo por la acequia hizo que abriera los ojos. No era el sonido que más me agradaba, pero haber cambiado el ruido estridente del despertador por el de un riachuelo había sido uno de mis grandes éxitos en los últimos meses.

Me quedé mirando el techo. Se desconchaba por semanas, pero me daba igual.

Silencio.

Eso es lo que más valoraba: el silencio. Tan sólo el fluir del agua fresca de la mañana entre la piedra. Nada más.

La luz anaranjada del sol se filtraba por las pequeñas ranuras de la vieja persiana. Los rayos atravesaban mi habitación como espadas hasta dar con la pared enyesada de aquella casa en el campo. Estaba agrietada por el paso del tiempo y por la lucha del frío y del calor en los ladrillos. Parecía una anciana que iba mostrando las arrugas que la edad iba surcando por su piel.

El silencio... qué poco habíamos valorado el silencio hasta aquel nefasto día. No podía calificarlo de otra forma: los dioses nos habían abandonado.

Así lo dictaban los antiguos romanos: los días fastos... y los nefastos. Aquellos que eran marcados como favorables y los que no. Y eso nos ocurrió: ya nunca más el sino nos fue propicio como a los héroes porque en realidad no lo somos, sólo somos simples y tristes humanos.

La penumbra se adueñaba de la casa, y era un precio que gustosamente pagaba. Volví a abrazar el silencio de la habitación con el agua que seguía fluyendo en un segundo plano. El sonido de las sábanas cuando me destapaba era una melodía bellísima que me alegraba el alma cada mañana. Y pese a que el crujido de la vieja madera bajo mis pies descalzos se había vuelto imperceptible tras haberme acostumbrado a él, había encontrado un espacio en el comedor donde las lamas sonaban de diferentes formas. Llegué a recordar partituras de cuando era niña y a intentar emularlas pisando en uno u otro lado como si fueran las teclas de

un piano rústico. Tenía todo el tiempo del mundo y lo estaba aprovechando de la mejor de las maneras: en mí.

En otro momento de mi vida atravesar aquel interminable pasillo con apenas luz hubiera sido impensable. Hoy doy gracias de tenerlo. Adoraba cómo se veían las motas de polvo al flotar con la luz cálida de la tarde.

Ciertamente había sido toda una suerte poder haber habitado aquel remanso de paz en medio de la nada. Es verdad que aquella casa de campo se agrietaba, como una vez lo hicieron mis nervios allá en la ciudad, pero me habían asegurado que no se vendría abajo tan fácilmente, que había sido tratada con no sé qué historias de las que no recuerdo el nombre.

Aquel pasillo me permitía andar en los días más duros, cuando me tenía que recordar a mí misma lo que hacía allí. Por qué merecía la pena aguantar en soledad. Bailar a lo largo de la columna vertebral de la casa, desde la gran sala hasta la habitación, me daba la vida. El mundo a mi alrededor desaparecía.

Mi corazón se aceleró. Un par de finos dedos se habían colado bajo una de las persianas de madera del pasillo tras el cristal. Respiré. Valoré la situación. ¿Era mejor pasar de largo o acaso debía bajar con todo el sigilo posible la persiana para que desaparecieran? Opté por lo segundo. Suspiré aliviada cuando vi que no opusieron resistencia y que al notar el peso de la vieja madera se marcharon. Habían comprendido que no eran bienvenidos.

Fue como una plaga que no supimos ver. No lo hicimos hasta que fue demasiado tarde.

Es cierto, yo logré huir de la ciudad. Otros tantos no lo hicieron, y quién sabe si podrán escapar cuando sea demasiado tarde. Se convirtió en una jaula sin puerta, en un callejón sin salida. De un modo u otro te acaban acorralando en las calles. Hubo incluso quien me tachó de cobarde. «No aguantó como el resto», diría más de uno. A día de hoy no sé si ellos siguen en pie. Al menos yo sí lo hago.

Dentro de la despensa la comida enlatada iba disminuyendo. Llevaba unos meses allí, y tenía planeado seguir lo máximo posible. La verdad es que no me preocupaba aquel tema, había más kilos de conservas de los que yo pesaba. Todo estaba en orden. Me inquietaba más lo que estaba al otro lado del cristal.

Abrí, como todos los días, una lata de fruta en almíbar y fui a una gran estantería que albergaba una gran colección de libros clásicos. Tiempo para leer en silencio. Pasé la yema de los dedos por delante de los volúmenes. Todas eran antiguas ediciones: *Moby Dick*, de Melville; *Cincuenta años después*, de Dumas; *El corazón de las tinieblas*, de Conrad... Tenía que limpiar el polvo. Quizá mañana. Me detuve ante uno sin lomo. Lo abrí por quinta vez durante estos meses.

—Capítulo uno... Del diario de Jonathan Harker —susurré. Mi querido *Drácula* volvía a mis manos. Era una verdadera pena no poder compartir con alguien mis lecturas, pero era el precio que debía pagar. Con mucho cuidado me senté en un viejo sofá orejero tapizado con una tela de flores. Lo había situado junto a la ventana por la que entraba algo de luz en la mañana. Al principio tenía las persianas subidas, pero al cabo de un par de semanas ellos comenzaron a llegar y tuve que bajarlas. Hubo días en los que podía tenerlas recogidas porque únicamente vagabundeaban alrededor de la casa como moscas en verano. No duró mucho. Al igual que estos insectos, comenzaron a molestar y a golpear desde el otro lado. Ahí comenzó mi vida en penumbra. Así regresaba el silencio, que es lo que más deseaba.

El invierno fue lo más duro. Sin apenas luz todo se me hizo cuesta arriba en mi soledad. En el centro de la sala había una claraboya con el cristal a medio partir que recogía la luz en las horas centrales del día, pero la tuve que sellar como pude con los tablones de una mesa desvencijada a las semanas de llegar.

Durante la mañana había movido ya en tres ocasiones el sofá para captar las trazas mortecinas de sol que se colaban, pero era incapaz de leer con tan poca luz filtrándose a la

sala. Mi cordura pendía de un hilo. Necesitaba saber qué le iba a ocurrir a van Hellsing y a Harker en su periplo tras haber pasado por innumerables horrores. Aunque he viajado con ellos hasta el final varias veces, cada una era especial. La mente voló más allá de la lectura ante la falta de luz, quizá las cosas habían cambiado fuera. Quizá seguía aislada, pero el mundo había vuelto a la normalidad. Quizá ya no era necesario seguir viviendo así. Agarré la cincha de la persiana con ambas manos y la adrenalina hizo el resto. Con un solo movimiento tiré de la correa y me permití ver el exterior. Hacía tanto tiempo que no veía al otro lado del cristal que me imaginé mil y un mundos en apenas un microsegundo. Nada más lejos de la realidad. Hombres, mujeres, adolescentes y niños se apelotonaban al otro lado. Ojos sin vida, alienados... todos intentando entrar por la ventana.

Al menos no eran agresivos. No estos.

Me hundí. La vida fuera de aquella solitaria vida seguía igual. Ellos queriendo entrar y yo impidiéndolo. Tal y como en la ciudad le había pasado a tantas otras miles de personas. Hubo quien escapó a tiempo, otros no. En todos aquellos meses nada había cambiado.

Me subí al sofá para ver por encima de sus cabezas. Creo que pude contar seis filas de gente. Algo había mejorado. El día de mi cumpleaños vencí a la curiosidad y miré a través de una de las ranuras de la persiana. No bajaban de diez o doce filas. Sentí alivio al ver que ahora eran menos. Quizá un consuelo tonto, pero era lo que necesitaba mi corazón en ese instante.

Aquella noche no dormí. Una nueva grieta recorría el techo, y me planteé si realmente la casa aguantaría las lluvias y el frío que estaban por venir.

Al día siguiente no me despertó el murmullo del agua en la acequia. No pude disfrutar del sonido de las sábanas al destaparme ni del crujido de la madera bajo mis pies. Unos golpes secos y ansiosos lo hicieron.

No eran la clase de golpes que ellos hacían. Ellos gritaban, se sacudían contra los cristales intentando entrar, pero no tenían una cadencia tan marcada como los que había oído. Recorrí el pasillo envuelta en el edredón. Temblaba más por la incertidumbre que por el frío. Los golpes venían de la puerta principal. Era de madera, vieja como el resto de la casa, pero varios cerrojos y pasadores la hacían difícil de traspasar.

—¡Ey, soy Lucía! He conseguido saber que estabas aquí por Pablo. Nos conocimos en la fiesta de Cristina, ¿recuerdas? —Sí, recordaba a Lucía perfectamente: vaqueros anchos, deportivas con plataforma, un top amarillo. Llevó un par de empanadas a la casa de Cris. Me descubrí girando las llaves cuando me frené en seco. Su voz era muy tranquila. Demasiado. Cuando todo esto empezó las autoridades avisaron de que no era seguro abrir a nadie. Algunos inocentes quedaron fuera a manos de ellos. Otros se hacían pasar por gente conocida. Esos eran los peores, los que se escondían en la masa y esperaban pacientemente para atacar a corderos insensatos y bobos. En aquel momento yo era la cordera que casi pecó de ser insensata y boba.

Eché un ojo por la mirilla. Era ella. Estaba tal y como la recordaba de aquella noche. La misma puñetera estampa. Era lista.

—¿Cómo sé que eres Lucía? —Error. No tenía que haber abierto la boca. Ahora sabía que yo estaba allí y no dejaría de insistir día y noche. Así sucedió en la ciudad. Entonces tuve suerte y escapé. No sabía si la fortuna iba a estar de mi lado dos veces. Me alejé de la puerta y me mantuve callada durante minutos, horas. Volví a la cama con el cálido edredón de plumas sobre mí, pero aquel ser era incansable. Deseaba volver a mi preciado silencio más que nada en este mundo, pero no me lo iba a dar de vuelta. Continuó hablando a través de las ventanas, luego aporreó y gritó ante mi mutismo.

Al cabo de los días pareció que su insistencia se vino abajo y se calló.

Durante una semana no musité palabra, no bailé, no leí. No hice nada que pudiera llamar la atención al otro lado del cristal. ¿Cuánto tiempo iba a estar así? ¿Merecía acaso la pena vivir en soledad? ¿Por cuántos meses más? Y lo que era más importante, ¿cuántas grietas más aguantaría la casa? Me sentía prisionera en mi propia casa, tal y como Jonathan Harker lo estuvo en el castillo de Drácula.

El deseo de salir al exterior fue plantado como una semilla y germinó como una mala hierba en un jardín cuidado.

Había perdido la noción del tiempo mirándola. Allí estaba yo, tumbada en el suelo con la cara de lado, observando con los ojos de una niña que ve todo por primera vez, frente a una pequeña y dulce flor blanca. La poca luz cenital que caía entre los tablones mal puestos de la claraboya resquebrajada de la sala había hecho que brotara casi como por arte de magia. Era un regalo del exterior. De nuevo un sinfín de preguntas allanaron mi mente. ¿No era esto una señal de los dioses para hacer las paces conmigo como Yahvé hizo con Noé y la paloma? ¿Acaso iba a morir yo en esta arca? Quizá todo fuera cuestión de fe y la mía había regresado. Quizá mi dios estaba fuera esperando a que lo cogiera entre mis manos y lo arrullara, como símbolo de reconciliación con la humanidad.

El corazón me comenzó a arder con el mero pensamiento de poder salir. Mi cabeza lo siguió y puso la maquinaria a funcionar en un arranque de cálculo para poder llegar a la ventana del techo. No sé de dónde saqué la fuerza, pero logré arrastrar la cama hasta la gran sala, la mesa encima de ésta y, por último, una silla haciendo equilibrio para coronar mi huida hacia delante. Escalé como si me hubiera preparado para ello toda la vida y arranque los tablones de madera con las manos. Las astillas que saltaban se mezclaron con la sangre que brotaba de mis manos al arrancar con las uñas los clavos que me separaban del exterior. Mi deseo de encerrarme había sido terriblemente férreo meses atrás, pero la idea de volver a exponerme a la luz se había hecho dueña de mí en tan sólo un parpadeo.

La casa se tambaleó. Una gran grieta se abrió en la pared que tenía frente a mí. Ya no había vuelta atrás. Seguí un rayo de luz que cada vez se iba haciendo mayor según quitaba maderos. Ya estaba más cerca. Encontré el cristal roto, que con apenas un par de golpes con el codo pude acabar de partir. El aire fresco me llenó los pulmones con una bocanada de fuerza para salir. Un brazo, otro, la cabeza... Al fin estaba fuera.

Silencio.

La llanura frente a mí era un terreno baldío. A mis pies la multitud seguía mirando por las persianas intentando captar algo de la intimidad de mi hogar. Giré sobre mí misma, buscando a ese dios que me había mandado una señal. Descubrí grupos de estos vagabundos, masas de gente marchando de un lado a otro. Algunos en solitario, erráticos. Escuché un grito: alguien huía de un sinfín de voces que lo perseguían. No alcancé a ver mucho más. Un par de grupos cercanos, a los que se le unieron media decena de errantes, se echaron sobre él. Los gritos se apagaron y, al diseminarse en busca de otra presa, no quedó nada. Me llevé las manos a la boca apagando el grito ahogado que salió de ella. No hubiera hecho falta, el crujir de la casa bajo mis pies lo habría tapado.

—*Mírame* —una voz omnipresente resonó en mi cabeza. Volví la vista, pero no encontré nada. Casi leyéndome el pensamiento contestó—. *Te fuiste, me abandonaste. Creías que si dejabas de lado mi voz, me olvidaría de ti. Te equivocas, yo espero paciente vuestra vuelta. Al final, acabáis regresando a mi lado.*

La esperanza que había crecido en mi interior fue fagocitada por la ansiedad en apenas unos segundos, y otra gran grieta surgió a mis pies.

—*No soy vengativo, lo sabes. Tan sólo deseo estar a vuestro lado. Yo soy quien os da los buenos días al despertar y quien os desea felices sueños al cerrar los ojos. Quien siempre está ahí para escuchar vuestro enfado o sacaros una risa. Para que no os sintáis solos en las noches de insomnio o en las fiestas más abarrotadas. Yo sólo quiero que mi luz os ilumine.*

Un brillo hizo que me girara entre el temblor y las voces que venían desde abajo gritando mi nombre. Caí de rodillas y los ojos se me llenaron de lágrimas. Tantos meses alejada de él y me había encontrado. Yo le había cerrado las ventanas de mi vida, pero él había vuelto para perdonarme y abrirme los brazos de nuevo. «Serás pescador de hombres», dictaba una cita de la *Biblia*. Yo había huido de la multitud hasta la nada más solitaria, pero quería volver a su red. Seguí llorando frente a él. Lo cogí y lo mecí entre mis manos temblorosas. Mi adorado móvil... Tenía el cristal roto, como lo había estado el de la claraboya, resquebrajado después de que lo hubiera lanzado con todas mis fuerzas cuando no podía con el peso de que toda una multitud me siguiera a todas partes. La ansiedad podía conmigo, recordándome por lo que ya había pasado y advirtiéndome de lo que podía volver a pasar.

La casa se vino abajo, como yo.

Me encontré en el centro de lo que había sido el salón, ahora en ruinas. La multitud callaba. Sólo silencio. Mi deseado silencio. Fueron tendiendo las manos en mi dirección, reclamaban mi atención. Todos se querían asomar a las ventanas de mi vida, saber qué hacía nada más levantarme, qué comía, qué leía, a dónde iba cada minuto de mi vida. Sabían mejor que yo lo que me gustaba, cuál era mi canción favorita y dónde había estado de vacaciones. Deslicé el dedo hacia arriba, como si fueran las persianas que tanto habían tapado. Lo hice con cariño, como una caricia en la mejilla. Las voces se elevaron entonces y comenzaron a cerrarse en torno a mí. Tantos meses ajena a este mundo, lejos de gritar a todos los que me seguían a cada momento cómo me sentía, qué hacía. Creía que podía escapar de sus redes, pero no ha sido así. Ahora ansiaba regresar. Retornar a los cientos de mensajes de gente desconocida, a buscar mi mejor versión para mostrar y ocultar mi lado más oscuro, a hacer creer que todo iba bien aunque yo estuviera en ruinas. Abrirle las puertas y ventanas de mi

hogar, de mi vida, a miles de voces con las que nunca hablaría cara a cara. Todo era más fácil a través del cristal.

—Mi Dios... —dije abrazando contra mi pecho el móvil—, he regresado.

Y me dejé devorar por su luz y por las cien mil voces que estaban en su interior.